



15 Noviembre.

...Por primera vez, desde hace mucho tiempo, puedo poner una fecha en mi diario y orientarme un poco en este embrollo de días uniformes.

Mi vida ha cambiado por completo.

La Ermita no parece ya ni tan silenciosa ni tan triste; hay ahora aquí largas conver-

saciones en voz baja, por la noche, al amor de la lumbre que encendemos en la chimenea de la sala. El Robinsón del bosque de Sénart ha encontrado también su compañero, y he aquí en cuáles circunstancias.

Una noche de la semana pasada, á eso de las ocho á las nueve, mientras estaba yo asando un hermoso faisán en un asador inventado por mí, oí tiros de fusil hacia Champrosay.

Era esto tan extraordinario, que puse atención y me dispuse á apagar la lumbre para hacer desaparecer el pequeño resplandor que podía delatarme.

Casi inmediatamente, pasos precipitados que sonaban sobre la grava del camino se acercaron á la Ermita, seguidos de ladridos y de un galopar furioso.

Producía aquello la impresión de un hombre perseguido, cazado á la carrera por caballos y perros que fueran ya pisándole los talones.

Temblando, y poseído de ese pavor que



En el cercado, iluminado por la luna, un hombre entró.

saciones en voz baja, por la noche, al amor de la lumbre que encendemos en la chimenea de la sala. El Robinsón del bosque de Sénart ha encontrado también su compañero, y he aquí en cuáles circunstancias.

Una noche de la semana pasada, á eso de las ocho á las nueve, mientras estaba yo asando un hermoso faisán en un asador inventado por mí, oí tiros de fusil hacia Champrosay.

Era esto tan extraordinario, que puse atención y me dispuse á apagar la lumbre para hacer desaparecer el pequeño resplandor que podía delatarme.

Casi inmediatamente, pasos precipitados que sonaban sobre la grava del camino se acercaron á la Ermita, seguidos de ladridos y de un galopar furioso.

Producía aquello la impresión de un hombre perseguido, cazado á la carrera por caballos y perros que fueran ya pisándole los talones.

Temblando, y poseído de ese pavor que



En el cercado, iluminado por la luna, un hombre entró.

infunde el pensar en el terror ajeno, entreabrí la ventana.

En aquel momento entraba en el cercado, bañado por la claridad de la luna, un hombre que corría hacia la casa del guarda-bosque, con una seguridad que me sorprendió. Indudablemente, conocía estos sitios. Al paso no pude ver sus facciones. Ví solamente la blusa azul de nuestros campesinos flotando al aire en la agitación de una carrera á la desesperada. Por una ventana que tenía los postigos arrancados penetró de un salto en casa de Guillard y desapareció en la oscuridad de aquella morada vacía.

Detrás de él llegó á la entrada del cercado un enorme perro blanco. Despistado un momento, se detuvo allí, meneando el rabo y olfateando; luego se acostó cuan largo era delante de la puerta y empezó á ladrar para guiar á los cazadores.

Yo sabía que los prusianos llevaban á veces perros, y creí que iba á ver aparecer una partida de hulanos...

¡Maldito animal! ¡De qué buena gana lo hubiese estrangulado si hubiera estado al alcance de mis manos! Ya me parecía estar viendo la Ermita invadida, registrada, y descubierto mi retiro; y sentía rencor contra



aquel desdichado campesino por haber venido á refugiarse tan cerca de mí, como si el bosque no fuera bastante grande.

¡Qué sentimiento tan egoísta es el miedo!..

Afortunadamente, los prusianos eran pocos sin duda, y lo obscuro y lo desconocido

del bosque les intimidó. Les oí llamar á su perro, que seguía delante de la puerta dando esos pequeños aullidos de animal que está en acecho. Sin embargo, al fin se decidió á marcharse, y el ruido de sus saltos en la maleza y las hojas secas se perdió á lo lejos. El silencio en que todo quedó, me dejó helado. Había un hombre allí, enfrente de mí. Por el hueco de mi ventana procuré que mi mirada penetrase en la obscuridad. La casita del guarda seguía silenciosa y sombría con los agujeros negros de sus siniestras ventanas sobre la blanca fachada.

Me figuraba yo á aquel infeliz acurrucado, transido, herido tal vez. ¿Había yo de dejarlo sin auxilio?... Mi vacilación no duró mucho... Pero precisamente cuando entreabría yo la puerta procurando no hacer ruido, la empujaron violentamente desde fuera, y un hombre se precipitó en la sala baja.

— No temáis, señorito Roberto, soy yo... Soy Goudeloup...

Era el colono de Champrosay, el mismo

á quien había yo visto con la cuerda al cuello y á punto de ser ahorcado en el corral de su propia granja. A la luz que daba la chimenea lo reconocí en seguida, y eso que estaba muy cambiado. Lívido, flaco, invadido por una barba demasiado larga, con la mirada penetrante, los labios contraídos: era un hombre muy distinto del colono bien acomodado y feliz que yo conocía. Con la blusa se secaba la sangre que teñía sus manos.

— ¿Estáis herido, Goudeloup?

Se sonrió con expresión singular.

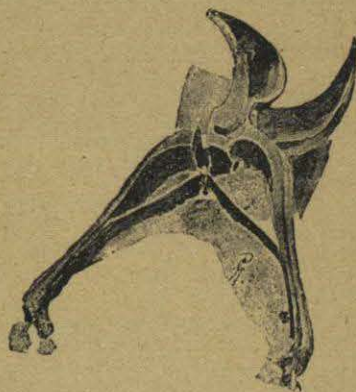
— No, no... Es que acabo de despachar á uno ahí abajo, en el camino. Sino que esta vez no he tenido suerte. Mientras yo estaba despachándolo llegaron otros... ¡No importa! Lo que es ése, no se levantará más.

Y añadió, sin dejar su sonrisita feroz, que permitía ver sus dientes espaciados como dientes de lobo:

— Ese hace el número quince de los que he matado de dos meses á esta parte... Me

parece que no está mal para un hombre sólo y que no tiene más armas que esto.

Había sacado de debajo de su blusa una de esas enormes tijeras de jardinería que sirven para podar los rosales y los arbustos.

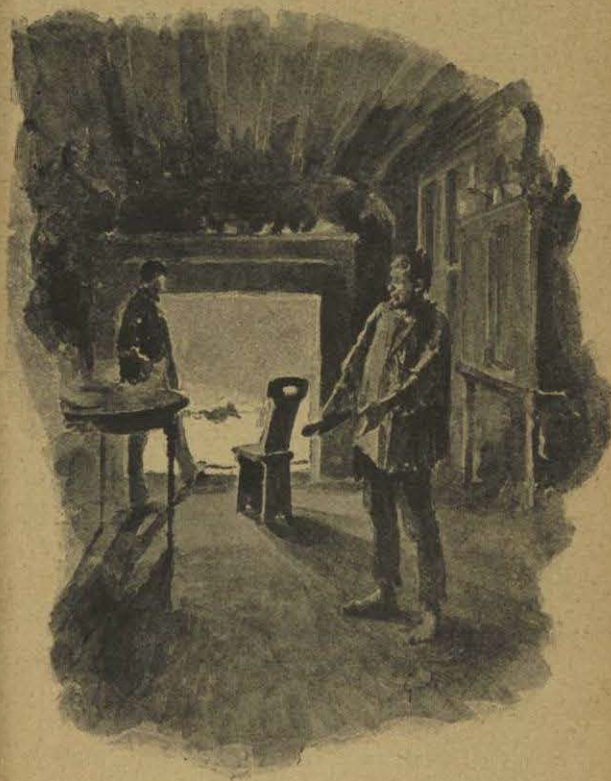


Tuve un estremecimiento de terror al mirar aquella herramienta de asesino entre aquellos dedos ensangrentados; pero hacía tanto tiempo que no podía hablar con nadie, que estaba privado de toda comunicación con un ser humano, que una vez dominado aquel primer impulso de repulsión, hice que el

desventurado se sentara á mi mesa. Entonces, con el bienestar que reinaba en la salita baja al amor de la lumbre, oliendo el faisán que estaba acabando de dorarse al fuego, su cara de fiera empezó á tomar una expresión más dulce. Sus ojos, acostumbrados á la obscuridad de la noche, parpadearon un poco, y con voz tranquila me contó su historia.

— Me habéis creído ahorcado, señorito Roberto, y no tiene nada de particular, porque yo mismo me creí que lo estaba... Figuráos que cuando los hulanos llegaron á la granja, procuré defenderme, pero no me dieron tiempo para disparar la escopeta más que una vez. En cuanto salió el primer tiro, echaron la puerta abajo y me ví con treinta bandidos de aquellos encima de mí; me ataron á la cuerda del granero y me izaron..... Durante un minuto, aturdido al sentir que me faltaba la tierra, ví dando vueltas en torno mío la granja, los cobertizos, las perreras y aquellas caras coloradas, rollizas y feroces riéndose de mí; y á vos también os veía pá-

lido como un fantasma, por la brecha abier-



ta en la pared. ¡Todo aquello me parecía un

mal sueño con pesadilla!... De pronto, en un movimiento convulsivo, se me ocurrió hacer el signo masónico pidiendo auxilio. Lo había aprendido allá en mi juventud, cuando formaba parte de la logia del Gran Oriente. En seguida aquellos bandidos me soltaron, y sentí que mis piés volvían á tocar tierra. Era el oficial que les mandaba, un hombrón de patillas negras, el que hizo que me descolgaran, sólo por el signo masónico.

— Sois masón, me dijo en voz baja y en correcto francés; yo también lo soy... y no he querido dejar de prestar auxilio á un hermano que me lo pedía... ¡Huid pronto, y que no vuelva á echaros la vista encima!...

Salí de mi casa con la cabeza baja, como un mendigo. Pero ya supondréis que no me alejé mucho. Oculito detrás de las ruinas del puente, manteniéndome con frutas y raíces secas, he asistido al robo de mi hacienda; los graneros vaciados, la polea sube que sube todo el santo día para bajar los sacos, la leña quemada en medio del corral, ho-



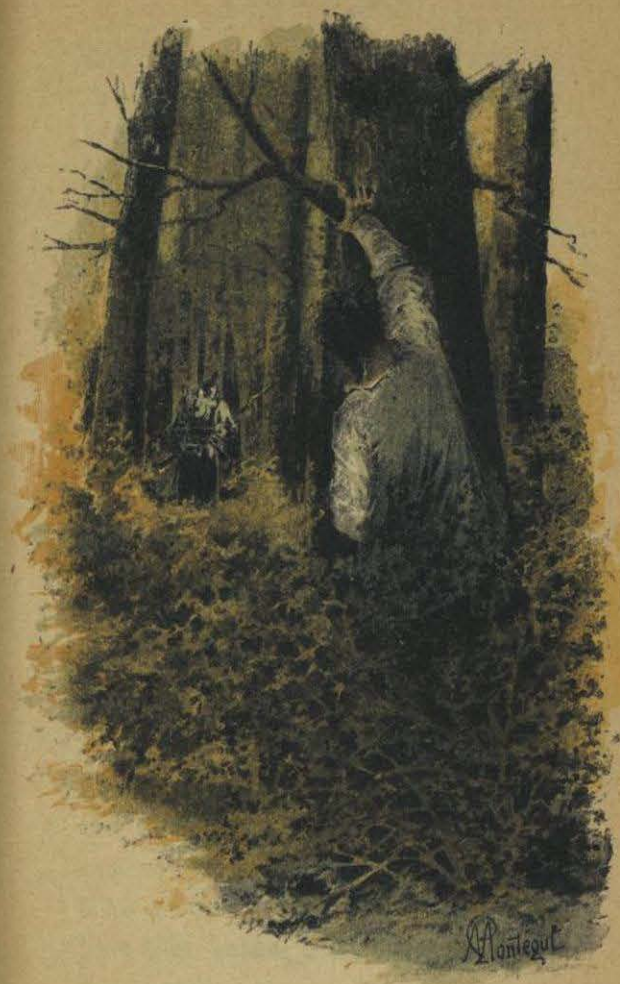
El acecho.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
1940-1941
144. 103. MONSIEUR, MEXICO

mal sueño con pesadilla!.. De pronto, en un movimiento convulsivo, se me ocurrió hacer el signo masónico pidiendo auxilio. Lo había aprendido allá en mi juventud, cuando formaba parte de la logia del Gran Oriente. En seguida aquellos bandidos me soltaron, y sentí que mis pies volvían á tocar tierra. Era el oficial que les mandaba, un hombrón de patillas negras, el que hizo que me descolgaran, sólo por el signo masónico.

— Sois masón, me dijo en voz baja y en correcto francés; yo también lo soy... y no he querido dejar de prestar auxilio á un hermano que me lo pedía... ¡Huid pronto, y que no vuelva á echaros la vista encima!..

Salí de mi casa con la cabeza baja, como un mendigo. Pero ya supondréis que no me alejé mucho. Oculto detrás de las ruinas del puente, manteniéndome con frutas y raíces secas, he asistido al robo de mi hacienda; los graneros vaciados, la polea sube que sube todo el santo día para bajar los sacos, la leña quemada en medio del corral, ho-



El acecho.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

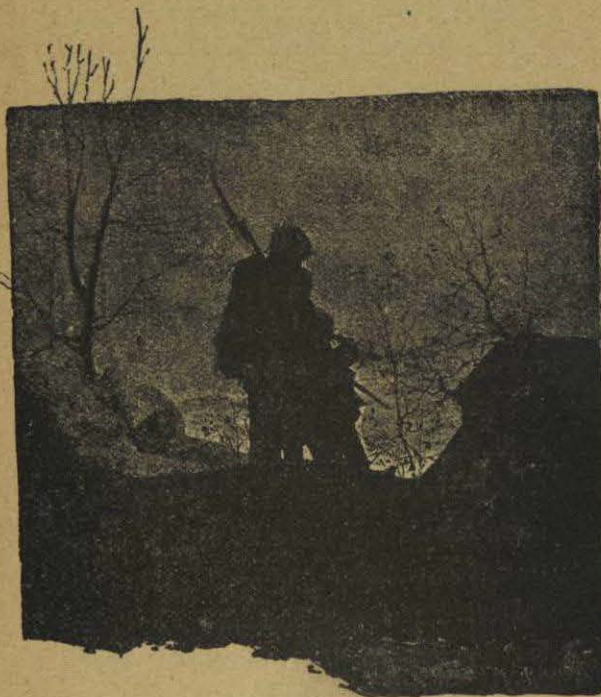
gueras enormes, alrededor de las cuales se bebían alegremente mi vino; y mis muebles y mis ganados, todo, todo desapareciendo poco á poco por aquellos caminos.

Cuando ya no quedó nada, arrear a la última vaca que había en el establo y se marcharon con ella, no sin antes prenderle fuego á la casa.

Aquella noche, después de recorrer las ruinas de mi granja, cuando calculé, pensando en mis hijos, que en toda mi vida podría reunir un capitalillo como el que tenía, aunque me matase trabajando, me volví loco de rabia. Acometí al primer prusiano que me encontré en mi camino, y lo acometí como quien coge á una bestia feroz, y lo maté, cortándole el cuello con esto...

Desde aquel instante no he tenido más idea que cazar prusianos. He estado en acecho de día, de noche, atacando á los despeados, á los merodeadores, á los correos, á los centinelas. A todos los que mato los llevo á las canteras ó los tiro al agua. Eso

es lo que más trabajo me cuesta. Si no fuera por esa operación, lo demás sería miel so-



bre hojuelas. No me cuesta más trabajo hacerlo que decirlo...

Sin embargo, el de esta tarde era más

fuerte que los otros; y, además, ese maldito perro ha dado la señal de alarma. Así es que ahora va á ser necesario estar inactivo un poco tiempo; y con vuestro permiso, señorito Roberto, pasaré aquí en vuestra casa unos cuantos días...

Mientras hablaba de sus hazañas, su fisonomía había recobrado la expresión siniestra, y cierta fijeza que su mirada ha adquirido con la costumbre de esos acechos. ¡Qué compañero de soledad más terrible voy á tener!...



20 Noviembre...

Acabamos de pasar una semana horrible. Durante ocho días, las patrullas prusianas no han dejado de recorrer el bosque en todas direcciones. Pasaban junto á las tapias de la Ermita, y hasta entraban en el cercado; pero la casita del guarda, robada y abierta de par en par, y los matorrales y los juncos que dan á la mía aspecto de ruinas, nos han salvado.

Mi compañero y yo hemos estado todo ese tiempo encerrados, andando de puntillas por la sala baja, hablando siempre muy quedo, y sin encender lumbre más que por las noches.



Si esta vez nos descubren, nos matan, de seguro. Yo le guardaba cierto rencor á Goudeloup, por haberme hecho su cómplice viniendo á refugiarse aquí. El campesino lo comprendía, y muchas veces me ha dicho que se marcharía á buscar refugio en otra parte. Pero yo no he podido consentirlo. Para mostrarme su agradecimiento por la

hospitalidad que le doy, me hace una porción de pequeños servicios y favores. Muy



enterado y muy hábil en todos los pormenores de la vida práctica, que yo no conoz-

co, me ha enseñado á hacer pan que se pueda comer, verdadera sidra y velas. Es un placer verlo todo el día tan activo, limitando al estrecho espacio de nuestra única habitación sus facultades de trabajo y de orden que antes extendía á la gerencia de su magnífica granja y de sus cincuenta fanegas de tierra.

Cuando no está ocupado en algo, se le ve sombrío y silencioso, inmóvil por las noches horas y horas, con la cabeza entre las manos, como todos esos trabajadores del campo en quienes la vida física adormece la vida moral. Algunas veces sonrío al observar que, á pesar de lo dramático de las circunstancias en que vivimos, ha conservado la costumbre de comer muy despacio, y echa una hora de bocado á bocado. Tal como es, este hombre me interesa. Es el prototipo del campesino en toda su nativa ferocidad. Su terruño y su hacienda le importan más que la patria y que la familia. Me dice con la mayor naturalidad las

cosas más monstruosas que pueden imaginarse. Si odia á los prusianos es solamente porque le han incendiado la granja; y los terrores de la invasión no le conmueven más que cuando piensa en la cosecha que ha perdido, en sus campos desiertos, sin labrar y sin sembrar.

